Asociación Ministerial SIEMA

SIEMA DIVISION INTER-AMERICANA

CONECTADAS

2er. Trim. 2017

IGLESIA ADVENTISTA DEL SEPTIMO DIA
División Interamericana

La revista CONECTADAS de la Asociación Ministerial es una publicación en línea de recursos para esposas de pastores producida por la División Interamericana Trimestralmente.

Asociación Ministerial de
la División Interamericana

Secretario Ministerial:
Pr. Héctor Sánchez
Asoc. Secretaría Ministerial:
Cecilia Iglesias

Directora de la Revista
Cecilia Iglesias

Coordinadora de Contenido
Meriviana Ferreyra

Editora
Ana Laura Namorado

Traducción
Inglés: **Elma Newball-Acosta**
Natalya Franco-Acosta
Francés: **Ricura Lassonier**

Dirección Creativa y Diseño
Rescue Media
Sam Hdz. Lara

8100 SW 117th Avenue
Miami, Florida 33183 USA
Año 2017

CONTENIDO

Querida Amiga
03 Dios es mi Dios

El y Yo
04 También soy hija de una "SIEMA"

Mi pequeña Grey
06 Instruir, una misión sagrada

Me seréis Testigos
08 Siete años (Historia Continuada de Gomer)
10 Jehová es mi pastor; nada me faltará

A tu salud
12 Hora de mudarse, ¿vienes?

Testimonios
13 ¡No permitas que muramos quemadas!
14 Dios le dio sentido a mi vida

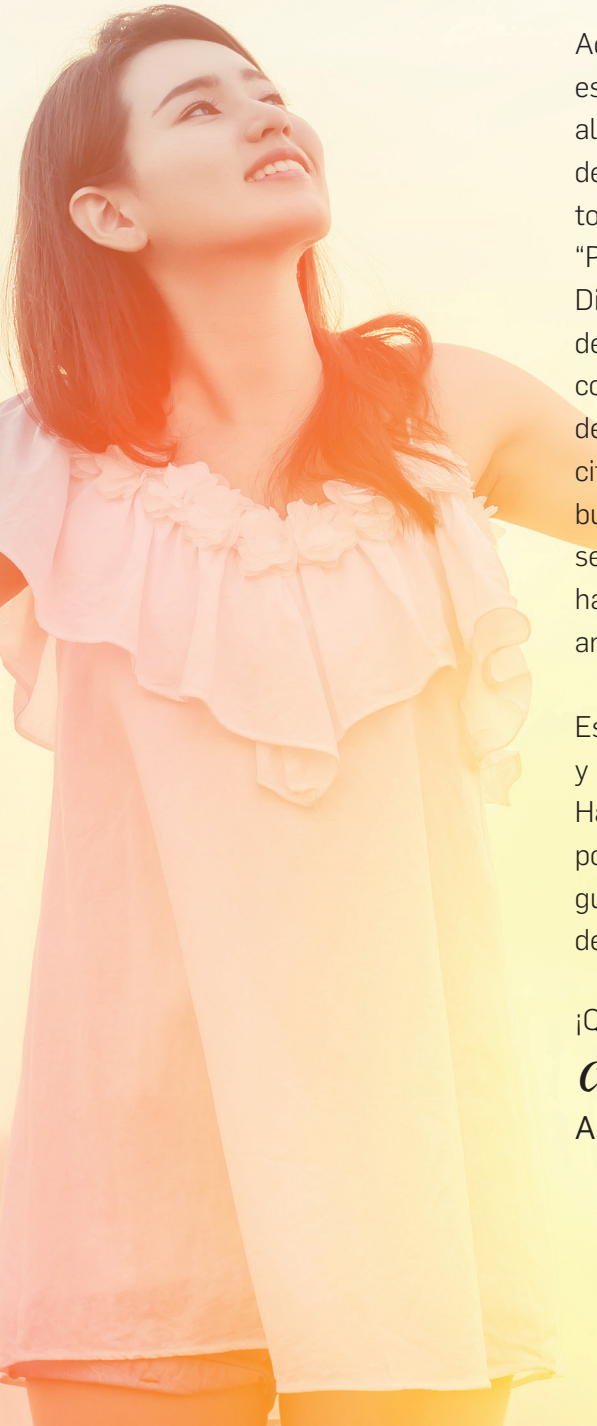
Entre nos
15 Estad quietos y conoced que yo soy Dios

Que buena idea
16 ¡No me quiero mudar!

A CARCAJADAS
17 Una invitación especial

NUESTRAS NOTICIAS
18 Unión Mexicana del Sureste
Unión Colombiana del Sur

Dios es mi Dios



Hace pocos meses comenzamos el año. Tuvimos nuevos sueños, planes y resoluciones. ¿Cómo nos ha ido en las semanas recorridas? ¿Alcanzaremos las metras propuestas? ¿Se hará realidad ese sueño anhelado? Tal vez a esta altura pudiéramos entristecer por mirarnos lejos del objetivo entusiasta del año nuevo o aun por haberlo olvidado, debido a los presiones de nuevos desafíos. Sin embargo, hay propuestas que pueden retomarse, principalmente aquellas que contribuyen a estrechar nuestra relación con el Ser supremo.

Acompáñenme a mirar una hermosa promesa del libro de los Salmos: "Porque este Dios es Dios nuestro eternamente y para siempre; él nos guiará aún más allá de la muerte" (Salmos 48: 14. Versión Reina Valera 1960). Estas palabras del libro sagrado constituyen una linda promesa que nos invita a recordar que todas tenemos un Dios que es nuestro Dios. Vamos a parafrasear el salmo y decir: "Porque este Dios es mi Dios". La frase mi Dios nos confirma la idea de tener un Dios personal con el cual podemos sostener una relación estrecha, una relación de certidumbre donde él es mi Dios. ¡Qué bendición implica poder vivir cada día con la seguridad de que Dios nos guiará en toda circunstancia, inclusive más allá de la muerte! La versión de la Biblia en lenguaje actual, traduce así el salmo ya citado: "¡Nuestro Dios es un Dios eterno que siempre guiará nuestra vida!" Qué bueno es poder andar cada paso, cada día y bajo cualquier propuesta u objetivo, seguras de que él está guiando nuestro andar. Cierto es entonces que a su lado no hay sueños fallidos ni incertidumbre, sino una guía infalible, que completará los anhelos esenciales de nuestra existencia, como Dios Todopoderoso que es.

Estamos ante un tiempo de oportunidad aun. La oración, el estudio de la Biblia y la lectura del Espíritu de Profecía son prácticas prioritarias en nuestra vida. Harán que nuestra relación con Dios sea cada vez más estrecha y personal. Así, podremos avanzar confiadas, porque tenemos a un Dios, nuestro Dios, que nos guiará aún más allá de la muerte y claro, también en los propósitos personales de nuestro día a día.

¡Qué maravilloso Dios tenemos!

Cecilia Iglesias
Asociada de Secretaría Ministerial - SIEMA

TAMBIEN *Soy Hija* DE UNA "SIEMA"

Cori Villarreal Escobar de Helena,
es esposa de pastor, hija de pastor, madre de dos hijos y escribe desde Miami.

Es común que en las iglesias donde papá trabaja, nos identifiquen como "los hijos del pastor"; sin embargo, creo que es necesario reconocer que también somos hijos de una "SIEMA".

Mientras mi padre se desempeñaba en sus labores, mi hermana y yo siempre estábamos unidas a su ministerio a través de los lazos que mi madre trazaba fervorosa y firmemente en el hogar, a través de varias actividades cotidianas, que no por ser rutinarias, dejaban de ser intencionadas. Si bien ella no se había imaginado como esposa de Pastor, sí tenía muy en claro su convicción de servicio a Dios y la importancia de un legado espiritual para sus hijos.

Siempre estuvo involucrada en las actividades de la iglesia, pero sobre todo, en las actividades espirituales de su hogar. A decir verdad, yo soy buena para olvidar el pasado, sin embargo, en mi mente siempre están presentes los cultos familiares, los recordatorios de la preparación para el día sábado, la concientización de ser hijas de Dios, la oración intercesora por nuestro padre y el ministerio que realizaba, el servicio en la iglesia, la preparación y el gozo de tener todo listo para esperar el regreso de papá de algún viaje, y la gran frase de: "a mí me toca menguar y a él crecer" ... (Juan 3:30)

Realmente hay muchas razones para agradecer y reconocer la interminable labor de "la Esposa del Pastor", en el desarrollo armonioso de la familia pastoral. Para mí es indispensable el apropiado papel de mamá en casa y el equilibrio entre este y el apoyo a las congregaciones. Y es que mamá se ve reflejada en el actuar de los hijos en las diferentes escenas de la vida. Si bien cada hijo toma sus decisiones y tiene su propia personalidad, se refleja en cada edad la relación madre-hijo.

Muchos "hijos de Pastor" como yo, estarán de acuerdo conmigo en que gracias a la constante presencia de mamá y su representación física de papá (cuando él no está), vivimos hoy en día de manera satisfactoria, cumpliendo el mandato "Honra a tu padre y a tu madre..." (Gen. 20:5).

Generalmente a nuestras madres SIEMA se les reconoce como la Esposa del Pastor "tal", y creo que muchas de nosotras como esposas de Pastor (porque ahora lo soy también), recibimos ese "título". Sin embargo, "el título" expresa obviamente muy poco del significado práctico de ser esposa de pastor y madre. Para mí, como hija de una SIEMA, el curriculum vitae de mi madre significa más que sus títulos universitarios; ha sido un equilibrio espiritual digno de reconocer y que quisiera compartir a continuación, ya que puede servirnos en nuestra labor.

1 .**El Ministerio Pastoral es sagrado.** Mi madre siempre puntualizó que el Ministerio Pastoral es un llamamiento sagrado y por lo tanto, todo lo que mana de este es igualmente sagrado. Esto abarcaba desde nuestro concepto del liderazgo en la iglesia y los líderes de la misma, hasta el uso de los recursos económicos familiares. En ningún momento escuché que se hablara negativamente de ningún líder de la iglesia; siempre se nos enseñó a respetar y valorar a los líderes, desde la iglesia local, hasta la admiración por el trabajo de la iglesia mundial. El enfoque centrado en la misión y la importancia de valorar a cada ministerio en función en la iglesia, así como la constante premisa de que pertenecemos a una iglesia organizada. Cada recurso económico, físico, social, escolar, etc. que teníamos (y tenemos) es una bendición de Dios otorgada a través de la organización de la iglesia. Y ¡mucho cuidado con utilizarlo indignamente!

2. Hijas de Dios. Con mi hermana y conmigo, mis padres siempre hicieron hincapié en la responsabilidad que teníamos como hijas de Dios. Desde el primer recuerdo, he tenido en claro que soy hija de Dios y como tal, tengo responsabilidades y privilegios propios de esa identidad. Mi madre se enfocó a "anclarnos" en la identidad de pertenencia al reino de Dios. Esto nos facilitó el típico título de "las hijas del Pastor", ya que no era para nosotras el más relevante ni significativo, siendo que nuestra identidad es como hijas de Dios. Mi madre se tomó en serio la tarea de tener siempre presente a nuestro Padre Celestial. Cierto es que por motivo de viaje papá frecuentemente se ausentaba, y aunque cada vez que salía era una "lloradera", mamá nos recordaba la presencia constante de nuestro Padre Celestial y nos instaba a recordar que somos hijas de Dios y que Él tiene cuidado de nosotras siempre.

3. Templo del Espíritu Santo. Si bien en casa no somos estrictamente vegetarianos, no hay tampoco carnes, frituras, sodas, dulces, café, etc. Ni están en nuestra alacena, ni en nuestro menú y no son parte de lo que consumimos. La ensalada no puede faltar y la fruta tampoco. Es interesante que íbamos a escuelas adventistas y nos hacían "bulling" por nuestros lonches, ya que eran frutas y semillas. Tener actividad física era parte de la agenda diaria. Pero algo que también está incluido en este espacio es la higiene corporal y la sexualidad. Habituarnos al baño ciertamente en algunas edades era algo muy difícil, pero cuando llegó la adolescencia era prioritario. Mi mamá siempre hacía hincapié de cuidar nuestras amistades y sobre todo la forma de relacionarnos con el sexo opuesto. Pero recuerdo que la mejor manera de ayudarnos a entender esa relación, fue motivando y promoviendo una buena relación con mi papá. Como hijas, reafirmamos nuestra propia sexualidad en una buena relación con la figura paterna. Esto es quizá complejo, dado que nuestros padres (los pastores) son absorbidos por diversas actividades, responsabilidades y por los miembros de iglesia. Sin embargo, fomentar el tiempo de calidad y la privacidad familiar son indispensables en la adquisición de nuestro rol e identidad sexual. De esa manera comprendimos la santidad de nuestro cuerpo, la exclusividad del mismo y la responsabilidad de cuidarlo.

4. Oración intercesora. En repetidas ocasiones íbamos "al trono de la gracia". Toda situación era un motivo para hablar con Dios. Algunas veces, ya adolescente, me parecían raras tantas oraciones y sorprender a mi madre "hablando sola" me parecía una cercanía al soliloquio. Sin embargo, ahora por experiencia personal he comprendido que hablar con Dios no es hablar sola. La experiencia de oración con mamá iba desde lo cotidiano hasta una estructurada lista de oración y su fecha de respuesta, que incluía desde la familia hasta la misión mundial de la iglesia y no crean que lo sé porque en la oración se repetía interminablemente el listado, ¡no!, sino por la explicación previa de esas peticiones o motivos de gratitud; además de las constantes oraciones por mi padre, su ministerio y los colportores a nivel mundial. Siempre el ministerio de papá y los involucrados en ello, eran el constante motivo de oración en la familia. Esta es una de las razones por las que aún hoy oramos por los colportores a nivel mundial y el ministerio de Publicaciones. Llegamos a involucrarnos en amar lo que a mi papá le apasionaba.

5. Dios es un Dios de orden. Pobre mi madre, porque dice que mi hija se parece mucho a mí, así que no creo que hayan sido fáciles los días de mi crianza y las primeras lecciones de orden. Y como buena maestra, la repetición era su aliado preferido: "¡Dios es un Dios de orden", así que a ponerle orden a todo! Desde las pequeñas ideas hasta los grandes proyectos. Y es que la tarea de enseñarnos a priorizar ha de haber sido difícil, porque las personalidades de mi hermana y mía son muy distintas, por lo cual hacer práctico este principio implicó disciplina y en ocasiones consecuencias. Pero siempre un ejemplo bíblico, un "escrito está", que nos dejaba en claro la frase "Dios es un Dios de orden". Vez tras vez los personajes bíblicos se tornaban vívidos maestros.

6. Dadivosidad y servicio. Siempre lo primero que había que separar era el diezmo, la ofrenda y el fondo de inversión. A temprana edad eran términos que conocíamos y manejábamos. Además, tener iniciativa, ser colaboradoras y ver en que podíamos ayudar, eran las indicaciones generales en la casa y en la iglesia, pero eso sí, con alegría y gratitud (Salmo 100:4). Cada vez que recibíamos una bendición como resultado de la mayordomía y dadivosidad, era digno de ser conocido por toda la familia y servir era una satisfacción personal reconocida en el cielo. No sé si en alguna ocasión hospedamos algún ángel, pero en varias ocasiones mi casa abrió las puertas a diversas personas en necesidad.

7. "Cabeza y no cola". Sin lugar a duda no soy la Adventista del Séptimo Día más sobresaliente del mundo, pero esta frase representaba la motivación para aprender y sobreponernos a las situaciones en las que estábamos. Dejando a un lado nuestras decisiones personales, el enfoque era claro: procura ser mejor de lo que eres hasta ahora. Mis padres siempre estuvieron aprendiendo. Siempre leyendo, siempre estudiando, siempre tratando de superar sus propias limitaciones, siempre sirviendo en el lugar que estaban, haciendo lo mejor. Y eso nos lo inculcaban. Pensar y analizar era el propósito. Crecer, superarnos. La competencia con otros no era el objetivo. La arrogancia por presumir los logros, improcedente. Lo importante era aprender, siempre aprender y así servir de la mejor manera, en casa, en la comunidad y en la iglesia.

8. Espiritualidad práctica. Esta parte la vi desarrollarse en tres escenarios. Uno, el hogar; dos, el vecindario; tres, la iglesia. Tan sencillo como "todo tiene su tiempo" (Eclesiastés 3). En casa: la oración al levantarse, el culto matutino en familia, el culto personal, la oración, el trato amoroso, la misericordia y el perdón, la confianza mutua, la obediencia. En el vecindario, mi madre tenía una manera rica de "darnos a conocer": hacíamos pan o galletas y les poníamos algún mensaje bíblico, las compartíamos con las vecinas lo cual habría puertas para que organizara campañas de barrio en la casa y de alguna manera se convertía en amiga de las vecinas no adventistas. En la iglesia, siempre involucrada en la capacitación y el servicio.

Hasta aquí he resaltado lo que para mí fue más significativo y aunque hoy soy "jubilada" como "hija de pastor" ya que mis Padres son jubilados, como madre y como SIEMA me estoy iniciando; y aunque dediqué este segmento al reconocimiento del "trabajo" realizado en mi hermana y en mí por mi madre, es al mismo tiempo un reconocimiento a todas las mamás "SIEMA", que como fieles ministradoras del hogar, han sabido ser "UNO" con su esposo en Cristo y representantes extensivas de sus esposos en el hogar. Realmente es un verdadero privilegio ser hija de una SIEMA, así que "honor a quien honor merece" Gracias, madres SIEMA, por aceptar ese desafío.

INSTRUIR, UNA MISIÓN SAGRADA

Rut Herrera de Delgado,
Asociación del Este/Unión Cubana

Era mujer y esclava. Su destino en la vida era humilde y su carga pesada. Sin embargo, el mundo no ha recibido beneficios mayores mediante ninguna otra mujer, con excepción de María de Nazaret. ¿De quién hablamos? Sí, de Jocabed, la madre de Moisés.

Sabiendo que su hijo había de pasar pronto de su cuidado al de aquellos que no conocían a Dios, se esforzó con más fervor aún para unir su alma con el cielo (La Educación, pág. 58). Trató de inculcarle la reverencia a Dios y el amor a la verdad y a la justicia, y oró fervorosamente que fuese preservado de toda influencia corruptora. Le mostró la insensatez y el pecado de la idolatría, y desde muy temprana edad le

enseñó a postrarse y orar al Dios viviente, el único que podía oírle y ayudarle en toda emergencia.

La madre retuvo a Moisés tanto tiempo como pudo, pero se vio obligada a entregarlo cuando tenía apenas doce años de edad. De su humilde cabaña fue llevado al palacio real, y la hija de Faraón lo prohijó. Pero en Moisés no se borraron las impresiones que había recibido en su niñez. No podía olvidar las lecciones que aprendió junto a su madre. Le fueron un escudo contra el orgullo, la incredulidad y los vicios que florecían en medio del esplendor de la corte.

¡Cuán extensa en sus resultados fue la influencia de aquella sola mujer hebrea, a pesar de ser una esclava desterrada! Toda la vida de Moisés y la gran misión que cumplió como caudillo de Israel dan fe de la importancia de la obra de una madre piadosa. Ninguna otra tarea se puede igualar a esta. En grado sumo, la madre modela con sus manos el destino de sus hijos. Influye en las mentes y en los caracteres, y obra no sólo para el presente sino también para la eternidad. Siembra la semilla que germinará y dará fruto, ya sea para bien o para mal. La madre no tiene que pintar una forma bella sobre un lienzo, ni cincelarla en un mármol, sino que tiene que grabar la imagen divina en el alma humana... Comprenda toda madre que su tiempo no tiene precio; su obra ha de probarse en el solemne día de la rendición de cuentas (Patriarcas y Profetas, págs. 249, 250).

Cuando leo sobre este importante tema, siento que mi ser entero se estremece ante la responsabilidad tan grande que tengo, de preparar a mis hijos para enfrentar el oleaje seductor y perverso que los rodea. ¿Acaso estaré cumpliendo con tan sagrado cometido? ¿Podré presentarme delante de Dios llevando a mis hijos como lo hará Jocabed?

Queridas hermanas, no es con nuestra sabiduría, ni con la acumulación de conocimientos teóricos y filosóficos que podemos llevar a nuestros hijos diariamente a la presencia de Dios. No es con dinero, comodidades o regalos que ellos pueden obtener el inigualable tesoro de la vida eterna. No hay esfuerzo humano capaz de enfrentar los malévolos planes que el enemigo tiene para destruir la vida de nuestros hijos. No podemos solas. No podemos, ni siquiera usando nuestra "desafiante fuerza materna".

Dios y solo Dios puede vencer esta batalla que va más allá de los límites y la destreza humana. Por eso, como Jacob, tomemos el brazo todopoderoso de nuestro Salvador y roguemos día y noche para que su presencia reine en nuestros corazones y en los de nuestra familia. Porque "no es con ejército ni con fuerzas" que se gana esta crucial batalla, "es con el espíritu de Dios" que nuestros hijos serán arrebatados de la muerte eterna y colocados en los amorosos brazos del Rey de reyes y Señor de señores.

Instruye a tus hijos en el amor y el temor de Dios. Preocúpate porque el culto familiar sea un momento de alegría, donde todos puedan expresar las maravillas que el Señor hace a su favor. Enséñales por ejemplo y precepto lo que Dios es para ti. Preséntalos constantemente ante el trono de la misericordia, porque el Señor tiene maravillosas formas de atraer a sus hijos con el sublime amor que brota de su corazón.

Confía en las promesas divinas. "Dios nunca te desamparará ni te dejará". Tus hijos, son sus hijos. Él los formó, tú solo eres el medio humano que ellos necesitan para reencontrarse con su Creador. Muy pronto, el cielo se abrirá y el Señor vendrá para reunir a la familia terrenal con la celestial. El Rey anhela encontrarse contigo para darte la bendición más grande que puedes desear: vivir con los tuyos, felices por la eternidad.

No temas, Jesús está a tu lado. Él peleará tus batallas y salvará a tus hijos.

SIETE AÑOS

(Gomer, historia continuada...)

David Vélez-Zepúlveda; *Doctor en Artes, especializado en Literatura Hispanoamericana y maestro de vocación.*

En las alas de la felicidad, el tiempo parece sublimarse sin dejar huellas, difuminarse en la nada. A veces parece licuarse, adelgazarse hasta el infinito, de modo que al procurar retenerlo en nuestras manos, se nos cuela por cada rendija entre los dedos, por cada pliegue de la piel, cuando más quisiéramos retenerlo y extenderlo para disfrutar de ella. No sin razón sostenían los sabios antiguos aquello de que "todo tiempo pasado fue mejor".

Gomer crecía, ahora convertida en una preciosa niña en quien se desenvolvía el capullo de la infancia temprana. Por su parte, Hanna dedicaba cada momento del día a la educación y a la preparación de quien iba a ser su mano derecha muy pronto; o sea, de quien ya se estaba transformando en su compañera, en su confidente, en la luz de sus ojos. Aunque nunca se apartaban la una de la otra, a Hanna le parecía no tener tiempo suficiente para disfrutar de la deliciosa compañía de su preciosa hija, por tanto tiempo soñada, ahora hecha una realidad viva; le parecía no dar abasto a su felicidad, a disfrutar de ella a manos llenas, porque era profundamente feliz. Esa felicidad suya le rebosaba el corazón, y era compartida con el resto de su familia y con sus afortunadas vecinas, con las que convivía a menudo al llevar a cabo las deliciosas tareas cotidianas.

A los siete años de edad, Gomer era más hermosa que la más fina joya engastada en el collar de una reina. Había desarrollado hasta lo sumo su brillantísima inteligencia con los juegos dirigidos que le proveía su madre. Tenía una imaginación prodigiosa, que Hanna, con una habilidad innata, con una sublime perspicacia, cultivaba y dirigía hacia las cosas espirituales y duraderas. Su personalidad agradabilísima era bien balanceada. La niña era estable, segura de sí misma, responsable, confiable, honrada, honesta, perspicaz, perfecto reflejo y continuación de su madre, que estaba atenta a cada detalle, tanto del desarrollo de su carácter como del cultivo de las mejores gracias sociales y de la devoción religiosa de la preciosa niña, cuya precocidad Hanna conocía al dedillo, e iba encaminando tan sabiamente.

En todos los corrillos del pueblo se alababa a la niña de Hanna y de Diblaim. Era el centro de atención en dondequiera que estaba. Se distinguía entre todas las amiguitas de su edad por su copiosa, abundosa cabellera castaña, que en hermosas guedejas naturales y resplandecientes, descendía hasta la mitad de su espalda. Su delicada piel canela, en la tersura saludable, característica de la niñez, no parecía ser adversamente afectada por el candente sol del verano, y se mostraba íntegra, perfecta y sin mácula.

Sus ojos eran, sin embargo, tal vez la característica más distintiva que poseía la preciosa niña. Eran de un indefinible color avellanado, que lucía distintos tonos según el color de la ropa que usaba, según incidía en ellos la luz, y le daban a su rostro un aire de dulzura, de encanto, de belleza sin igual. Sus largas pestañas oscuras les envolvían en un halo de ingenua picardía y de indescifrable misterio. Poseían una profundidad insondable que las compañeritas de juego hallaban intrigante y de un atractivo inexplicable. A veces, cuando por alguna nimiedad de la niñez aquellos ojos se sentían contrariados, se volvían indescriptibles, felinos, amenazantes, sobrecogedores.

-"Mami, ¡Gomer me miró!" - se quejaba Mikal, la niñita de Jael, vecina de Hanna, al entrar a su casa despavorida, buscando el abrigo de los brazos maternales.

-"Pero, ¿qué pasó? Si hace rato que estaban jugando felices!"

-"Sí, pero yo era la bebé, y quería ser la mamá. Y Gomer me miró, y no me dejó ser la mamá."

-"Y ¿qué te dijo, mi amor? ¿Te hizo algo?"

-"No, ¡pero me miró!, y ¡no me dejó ser la mamá!"

-"Bueno, ven y ayúdame, un momentito, corazón. Cuando terminemos de limpiar la casa, yo voy a jugar contigo un ratito."

-"Y puedo ser yo 'la mamá', Mami? ¿Ahora mismo?"

-"¡Claro que sí, mi amor! Ven, ahora yo voy a ser tu niña y tú serás mi mami. Tú estás limpiando en la casa, y yo voy a ser tu ayudante.- Y entrando en su papel, poniendo un paño de lana en las manos de la niña, la madre agrega, adelgazando la voz, en remedo de la ladina voz de la niñez: -"Mami, yo quiero jugar contigo."

Y mientras continuaban con los quehaceres domésticos, madre e hija, Jael y Mikal, intercambiaban papeles por unos deliciosos momentos de juego inolvidables para aquella niña, que aprendía a dar amorosas órdenes y a ser obedecida, como toda mamá. La vida le parecía de una brillantez exquisita, de una felicidad inequívoca, de una justicia incomparable. Ella también sería una excelente madre, algún día, y jugaría a ser la niña, con su pequeña hijita de cuatro años.

Y entre tanto, Gomer seguía siendo la madre en otro cercano lugar de juego, en el pequeño patio de su casa, que era su castillo, en donde era mamá, reina y dueña de aquel precioso mundo de ensueño y de fantasía.

La felicidad de Hanna no conocía límites al ver crecer a su niña tan feliz, tan hermosa y tan saludable. Verdaderamente YHWH, Dios vivo, poderoso y sublime, alabado sea su Nombre, había cumplido su promesa más allá de todas las expectativas de Hanna. Le había dado motivos sin par para alabarle, para rendirle culto y adoración. Había vuelto a cumplir en ella la promesa hecha a la matriarca Sarai, al cambiar su nombre en Sara: princesa. Ahora ella, Hanna, también podía reír de felicidad, en la felicidad de la promesa cumplida con creces. Toda su familia y toda su vecindad compartían aquella felicidad desbordante de Hanna, que se hacía más evidente día tras día, al ver a la niña crecer, al entrever la espiga madura que se anunciaba, que se vislumbraba, que se presentía, en la espiga verde; en la promesa del fruto sazonado, pletórico, que muy pronto sería aquella graciosa niña que todos tanto admiraban por sus múltiples y especiales dotes.

Jehová

ES MI PASTOR NADA ME FALTARÁ

Shirley Chacón de Casiá; *costarricense, casada con el Pr. Pedro Casia y madre de dos hijos (Pedro Luis y Abigail) Secretario ministerial de la asociación occidental de Guatemala.*

Uno de mis salmos favoritos es el número 23. En él encuentro promesas maravillosas para mi vida. Además, es señalado como el poema más conocido y hermoso del mundo. Su contenido profundo regocija el alma y el espíritu, no solamente de aquellos que se encuentran en el valle de la aflicción, sino también de quienes nos gozamos en leerlo. Esta meditación del salmista ofrece promesas permanentes que dan paz, deleite y reconfortan el alma desconsolada.

David escribió este salmo porque en medio de su tristeza y soledad, estaba seguro que Dios cuidaría de él en todo momento. Sabía bien que lo que estaba por venir no era nada fácil, pero que en Dios encontraría ese pastor que guiaría sus pasos.

Esa promesa la hemos hecho propia en nuestro hogar, no solamente por lo segura y reconfortante que pueda ser, sino también porque en muchas ocasiones nos ha traído paz y esperanza, aún en los momentos de aflicción. Además creemos que cada día nos enfrentamos con retos y desafíos en el hogar, la iglesia, y también con nuestros hijos, hermanos, y amigos. Es ahí donde nos apropiamos de su mensaje inspirador que nos mueve a confiar cada día más en el cuidado de nuestro creador.

En 2014, el Salmo 23 se constituyó, más que nunca, en una inspiración única en nuestro hogar. Recuerdo que en el mes de octubre mi familia y yo nos preparábamos para realizar una campaña distrital, teniendo como invitado a un pastor proveniente de Colombia. Por dos semanas estuvimos orando constantemente para que Dios derramara su espíritu en la campaña y muchas almas entregaran su vida a Jesús. Con la dirección de nuestro Padre Celestial, el apoyo de las juntas de iglesia y cada uno de los hermanos, las cosas comenzaron a salir mejor de lo que esperábamos.

Después de concretar todos los preparativos, invitaciones, visitaciones y más, la semana tan esperada llegó. Cada día nuevas almas entregaban su vida a Jesús. Sin embargo, sabíamos bien que el enemigo no se encontraba nada contento y trataría de estropear la obra de Dios. Recuerdo muy bien que el 05 de octubre, último día de campaña, nuestra iglesia cerraría con una gran fiesta espiritual y daríamos una exquisita cena para todos los nuevos miembros que habían sido rescatados del pecado durante la semana. Por la tarde me reuní con las hermanas para atender los últimos detalles y ver que nada nos hiciera falta.

Esa última noche de campaña, decidí dejar mi celular en casa. Sabía que no lo iba a necesitar y si necesitaba hacer una llamada, podría usar el de mi esposo. Todo estaba listo, así que nos dispusimos a ir al templo, gozosos por los éxitos alcanzados y los que vendrían esa noche. Minutos antes que el predicador terminara su tema, el celular de mi esposo comenzó a timbrar, él lo miró y me dijo: -"¿Por qué me estás llamando, si estás acá conmigo"? Un tanto perturbada lo miré y le dije: - "Amor, yo no te estoy llamado, mi celular lo he dejado en casa, no lo traigo conmigo, lo dejé cargando". Entonces él me miró y me dijo: - "Pero sí es de tu número que me están llamando".

Fue entonces que la angustia se apoderó de ambos y pensamos que algo no estaba bien en nuestro hogar. Decidimos salir de la iglesia sin que nadie lo notase e ir rápido y revisar que todo estuviese en regla y así regresar nuevamente a la campaña. Pero antes de salir del templo, el pastor me pidió que pasara al frente y tuviese una oración especial por los nuevos miembros de iglesia, mientras él y mi esposo se preparaban para el bautismo.

Al comenzar a orar hice mías las promesas del Salmo 23. Las pronuncié con mucha seguridad y confianza en Dios, y le pedí de manera especial que protegiera nuestro hogar. Los hermanos, un tanto perturbados, nos preguntaron qué estaba pasando, sin embargo, no había tiempo para explicaciones. Lo único que queríamos era llegar a casa y ver que nada malo estuviese pasando. Nos despedimos rápidamente de la hermandad.

Eran 10 minutos de camino a casa. Recuerdo que fueron los minutos más largos que haya vivido. Al llegar, vimos la puerta abierta. Yo estaba aterrada, tenía miedo de entrar y le pedí a mis hijos que no se bajaran del auto. Entonces recordé el Salmo 23 y comencé a orarlo en mi pensamiento: "El Señor es mi pastor, nada me faltará". Entramos, era un completo desorden; los ladrones habían hecho "de las suyas" y robaron muchas de nuestras pertenencias. Todas nuestras cosas estaban tiradas; mi cocina, irreconocible; nuestra computadora, depositaria de todos los registros e informes de trabajo de mi esposo, ya no estaba. El dinero de las compras, tampoco; nuestros pasaportes y muchas cosas más, incluyendo mi celular, lo habían robado. En ese momento no supe qué hacer.

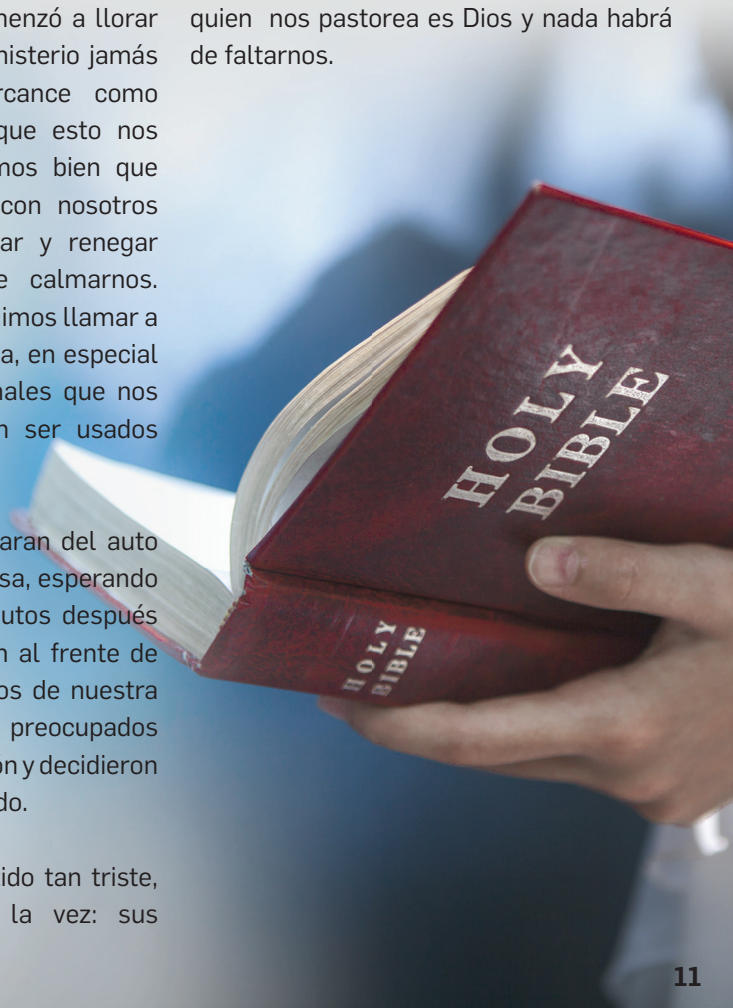
Mi esposo me abrazó y comenzó a llorar conmigo. En 20 años de ministerio jamás habíamos sufrido un percance como este. ¿Cómo era posible que esto nos estuviese pasando? Sabíamos bien que el diablo estaba molesto con nosotros y deseaba vernos desmayar y renegar contra Dios. Tratamos de calmarnos. Unos minutos después decidimos llamar a la policía y poner la denuncia, en especial por los documentos personales que nos habían robado pues podían ser usados indebidamente.

Le pedí a mis hijos que bajaran del auto y nos quedamos fuera de casa, esperando que la policía llegase. Minutos después carro tras carro se detenían al frente de nuestro hogar. Los hermanos de nuestra iglesia se quedaron muy preocupados cuando escucharon mi oración y decidieron ir y ver qué estaba sucediendo.

Nunca antes me había sentido tan triste, pero tan reconfortada a la vez: sus muestras de cariño y amor para con mi esposo y mi familia, me hacían sentir que aún en medio del valle de sombra de angustia y de aflicción no debía temer mal alguno pues Dios estaba con nosotros. Por una semana completa las visitas y muestras de amor se dejaron ver en nuestro hogar. Muchas de las cosas que habíamos perdido, nuestros hermanos nos las llevaban de regreso y lo mejor es ¡que eran nuevas!

¡Oh! Qué Dios tan maravilloso el que tú y yo poseemos. Un Dios que no se goza en la injusticia y que nos propone no temer mal alguno porque él siempre estará con sus hijos. Ya han pasado dos años desde esa triste experiencia y aun nos alegramos por las evidencias incuestionables de su especial cuidado con nuestra familia.

En ocasiones nos toca salir al campo de batalla y luchar con circunstancias que creemos más fuertes que nosotros mismos, pero es ahí donde podemos apropiarnos, más que nunca, de las promesas del Salmo 23, recordando que quien nos pastorea es Dios y nada habrá de faltarnos.



HORA DE **MUDARSE, ¿VIENES?**

Cathy Turcios; es miembro de la Iglesia Adventista del Séptimo día en Honduras, y es integrante del grupo Frooct, Proyecto musical dedicado a producir música para alabar a Dios y ayudar a personas con necesidad.

¿Alguna vez has tenido que mudarte? Yo sí, unas cuantas ocasiones, y sinceramente, no es un proceso que me agrade en absoluto. ¡Empezando por tener que empacar TODO! Cuestión que se agrava si eres acumuladora de cosas, ¡como yo! Entonces sí que se constituye en un dolor de cabeza. Además, dejar a las personas y el lugar a los que ya estás acostumbrada, suele ser complejo. Ningún cambio es fácil.

El pueblo de Israel digamos que se convirtió en experto en mudanzas: le tocó andar de lugar en lugar. Y la verdad es que ¡pobrecitos!, pero me compadezco más del paciente Moisés, porque ¡ese pueblo sí que se quejaba! En cierta ocasión, el Señor le dijo a Moisés que comenzara a moverse hacia la Tierra Prometida. Él le dio la noticia al pueblo de Israel, y ellos, como siempre, renegando por todo. Así que Moisés se volvió a encontrar con Dios para hablar sobre la nueva mudanza, pero hay algo en esta conversación que simplemente me encanta. "Y Moisés dijo al Señor: Mira, tú me dices: Haz subir a este pueblo; pero tú no me has declarado a quién enviarás conmigo. Además has dicho: Te he conocido por tu nombre, y también has hallado gracia ante mis ojos. Ahora pues, si he hallado gracia ante tus ojos, te ruego que me hagas conocer tus caminos para que yo te conozca y halle gracia ante tus ojos. Considera también que esta nación es tu pueblo. Y El respondió: Mi presencia irá contigo, y yo te daré descanso. Entonces le dijo Moisés: Si tu presencia no va con nosotros, no nos hagas partir de aquí." (Éxodo 33:12-15).

Con base en estas palabras de la Biblia, considero que hay dos tipos de mudanzas: las que tienen la aprobación de Dios y las que carecen de ella. En estas últimas a menudo decidimos realizar ciertos cambios en nuestras vidas, sin pedirle a Dios que nos acompañe. Creemos que tenemos todo bajo control: empacamos nuestras cosas, nos llevamos lo que creemos es más importante y al final de la historia, frecuentemente equivocamos el destino.

Por otra parte tenemos las mudanzas que sí llevan la aprobación divina. Estas también se pueden clasificar: la mudanza que Dios nos aprobó al ser consultado y la mudanza que él nos propone, aunque no esté en nuestros planes. De las dos, creo que la segunda es la más difícil de emprender, porque en ocasiones nos cuesta aceptar lo que Dios nos está pidiendo, el cambio de planes que nos presenta. Dicen por ahí que tener fe en Dios incluye tener fe en sus tiempos. Digamos que Dios es siempre un estratega complejo ante nuestras mentes finitas: ¡arma unos rompecabezas muy extraños! Pero de algo estoy segura, los resultados finales siempre son maravillosos.

Si hoy estás pasando por una mudanza extraña, de esas que Dios te pide que hagas y aun no entiendes, quiero mostrarte una parte muy especial en la conversación entre Moisés y el Señor. "Entonces Moisés dijo: Te ruego que me muestres tu gloria. Y Él respondió: Yo haré pasar toda mi bondad delante de ti, y proclamaré el nombre del Señor delante de ti..." (Éxodo 33:18-19).

La bendición del Señor en nuestros planes siempre es importante. Quizás estás pensando en realizar una próxima mudanza, y tienes dudas. ¿Ya le preguntaste al Señor si es lo correcto? O tal vez Dios te está pidiendo que te muevas en una dirección que jamás imaginaste, una que no quieres. Cualquiera sea la situación, pídele que te acompañe, que su gloria se manifieste en tu senda, que vaya delante de ti. Y cuando Él haga pasar su bondad delante tuyo, esfuérzate, que no desfallezcan tus manos, pues habrá siempre recompensa para esa obra. Recuerda, el Señor sabe los planes que tiene para ti, planes de bien que ciertamente te darán un futuro y una esperanza. ¡Llegó el momento de confiar!

¡NO PERMITAS QUE MURAMOS QUEMADAS!

Viviana María Cataño Ocampo,
Asoc. del Pacífico/Unión Colombiana del Sur.

Eran las 6:30 am y me dirigía a trabajar aquella mañana del miércoles 2 de marzo de 2016, junto con cinco compañeras de trabajo y en el auto de una de ellas. En un abrir y cerrar de ojos fuimos impactadas por delante, por la parte de atrás y por un lado, con un automóvil que se había desprendido desde lo más alto de la montaña. Debido a los tres fuertes impactos quedé en shock: Todo era negro a mi alrededor, el silencio inundaba mi espacio y me preguntaba a mí misma si estaba viva o había muerto. Discutía este tópico en mi conversación interior, cuando de repente el auto comenzó a incendiarse y repentinamente escuché el grito desesperado de una compañera: - "¡Abran las puertas, nos vamos a quemar!"

De inmediato vi a otras personas que se apearon de sus autos, insistiendo en abrir las puertas. Todos los intentos obtuvieron resultados fallidos, pues las puertas estaban totalmente atoradas. En ese instante comencé a clamar a Dios, le dije: - "Señor, no morimos en el choque...por favor, no permitas que muramos quemadas. Sálvanos, por favor".

Entonces, de manera totalmente milagrosa, se abrió la puerta que estaba justo a mi lado, caí al piso y mis compañeras sobre mí. Dos de ellas logran salir del carro y encima de mí quedó otra. Las dos tan afectadas, no teníamos ninguna opción de poder movernos del sitio. Volví a clamar a Dios: - "Señor, dame fortaleza para salir de aquí, líbranos de morir quemadas" y de inmediato, como en las películas de ficción, el Señor permitió que mi cuerpo girara con todas las fuerzas y logré tirar a la compañera que estaba encima de mí. Rodé y rodé hasta que por fin me pudieron levantar. Es ahí cuando comencé a buscar a mis compañeras que venían en la parte delantera del carro, no las veía y mi desesperación crecía. Seguí orando, seguí clamando: - "Señor, que estemos vivas todas y bien. No es milagro si yo estoy bien y alguna de mis compañeras muere. Señor, obra en todas." Y mientras oraba y buscaba, de lejos logré ver a la que conducía el carro, tirada en la calle.

Todas llegamos donde la compañera yacía en la calle. Aprovechamos para mirarnos y revisarnos. ¡Oh milagro! Estábamos totalmente perfectas; la única sangre que había era la de un pequeño rasguño que una compañera se hizo en el cuello, cerca de la oreja, con su propio arete. Detrás de nosotros había otro choque, ocasionado por el nuestro. Tanto los del carro, como la chica de la moto, se encontraban ilesos a pesar de que la moto se metió debajo del carro. La persona que nos chocó, debido a un "micro sueño", era médico y venía de tener una guardia, pero también estaba sano y salvo.

Todos nos abrazábamos y llorábamos de felicidad y gratitud para con Dios. Sin ninguna vergüenza gritábamos y clamábamos: - "Gracias, gracias; mil gracias, Señor, por esta nueva oportunidad de vida". Era una oración audible y quienes nos rodeaban, aplaudían emocionados.

Ese día, como todos los miércoles, mi esposo tenía un culto a las 5:00 de la madrugada. Lo llamé a eso de las 6:40 a.m. y él aún estaba en la iglesia en compañía de varios hermanos, quienes de inmediato oraron dando gracias a Dios. Pero lo más lindo fue escuchar las palabras de mi cónyuge: - "Dios siempre cuida a sus hijos y hoy, como todos los días, oré por ti, pero la oración de hoy fue de manera especial por tu vida. Te amo".

Los dos carros sufrieron pérdida total, pero nosotros tuvimos una nueva oportunidad de vida. Así es como obra Dios con sus hijos.

DIOS LE DIO SENTIDO A MI VIDA

Christine Amundson; *sirvió como misionera con su esposo en Honduras a partir de 1973. Más tarde lo hizo en Ruanda y en Costa de Marfil en el continente africano. Se retiró como traductora de la División Interamericana en el 2016.*

"Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis." (Jeremías 29:11)

¡Este es un versículo profundo, cuyos ecos resuenan cuando me detengo a reflexionar sobre mi vida! Nací en Francia, en una familia conformada por siete niñas y un niño; crecí en los años cuarenta y cincuenta, justo después de la Segunda Guerra Mundial. Mis padres eran católicos tradicionalistas. Nos enviaban semanalmente al Catecismo, pero ellos no asistían a la iglesia, a excepción de eventos especiales como bautismos, comuniones, bodas y funerales.

Cuando tenía doce años llegué a conmoverme profundamente por el amor, la vida sacrificial y la muerte de Jesús, pero a los 15 dejé de ir a la iglesia. De todas maneras no entendía mucho lo que se enseñaba durante la misa, ya que esta se expresaba en latín. Me preguntaba sobre el contraste entre el humilde espíritu de Cristo y la rica y misteriosa exhibición de los sacerdotes en la iglesia. Al mismo tiempo me ocupaba en buscarle sentido a la vida y paulatinamente me fui dejando influir por la filosofía existencialista, popular en ese momento.

Once años más tarde conocí a mi futuro esposo, que había venido desde Estados Unidos a visitar París. Bajo estas circunstancias providenciales, mi vida empezó a cambiar. Viajé a los Estados Unidos y visité a su familia adventista en Redlands, California. Allí descubrí el mensaje bíblico de esperanza y salvación a través de la fe y la gracia, que Dios ofrece a cada uno de nosotros. Durante el tiempo que estuve estudiando las enseñanzas proféticas de Daniel y Apocalipsis con el pastor local, todo empezó a adquirir sentido: parecía que el rompecabezas de mi vida, cuyas piezas habían sido dispersadas, empezaban a unirse y finalmente formarían el maravilloso rostro de Jesús, como centro de mi vida y para bendición de mi existencia. Inmediatamente después de nuestra boda, mi esposo y yo entregamos nuestra vida a Dios en servicio misionero, primero en Honduras, luego en África y por último en la División Interamericana.

Ahora que estoy en mis setenta años, me doy cuenta con asombro que Dios tiene, desde el principio, un propósito para cada vida como lo hizo conmigo. Dios quiere dar esperanza a cada persona y un futuro. Él tiene el plan de llenar nuestras vidas de sentido y dirección, y nos invita a compartir el amor que Él nos ha manifestado a través de la vida, muerte y resurrección de Jesús. ¡Gracias a Dios por tan incontables bendiciones y recompensas, mientras seguimos fielmente sus pasos y ejemplol

Estad quietos y conoced que yo soy Dios

Lic. Débora Suárez de Abreu,
directora de SIEMA, Unión Cubana.

Concluidos nuestros estudios de Licenciatura en Religión, regresábamos a nuestro lugar de trabajo. Sin proponérmelo, comencé a pensar en el futuro. Llevábamos solamente tres meses en ese campo, así que tuve una corazonada y le comenté a mi esposo: -¿Qué te parecería si al llegar supiéramos que hemos sido trasladados a otro campo? Él solo me miró en silencio. Pero ese viernes en la tarde, mi corazonada se concretó cuando el pastor del distrito, nuestro supervisor, nos visitó y anunció: "Han sido trasladados" Nuestra sorpresa aumentó cuando nos dijo que era para la iglesia que el pastor distrital atendía.

En ese momento no imaginamos todo lo que este anuncio traería. Comenzó todo un proceso. Debido a situaciones delicadas con la vivienda y la familia pastoral anterior que no detallaremos aquí, asumimos el trabajo de la iglesia viviendo en otro poblado. Desafortunadamente, en la iglesia comenzaron a gestarse perspectivas distintas referentes a nosotros. Las personas opinaban con buenas y malas intenciones. Optamos por esperar sin comentarios a que ocurriera un "milagro"; que Dios resolviera la problemática que vivíamos.

En los desafíos de la vida ministerial surgen problemas que ponen a prueba nuestra capacidad de esperar y perdonar. Especialmente cuando el corazón necesita palabras de aliento y estímulo y lo que escucha pudieran ser críticas y comentarios poco constructivos. Nuestra tendencia es guardar el detalle como un mal recuerdo, quizá aislarnos o tal vez pensar que estamos solos ante el desafío. Cierto que todo principiante en el camino del servicio espera pruebas, pero no que éstas provengan de las personas de quienes espera apoyo y orientación.

Si has comenzado la senda ministerial, necesitarás grandes dosis de perdón, pero sobre todo para perdonar a compañeros que como tú, transitan por esta senda. Y es que las dinámicas que se viven ponen a prueba las actitudes, y las reacciones no siempre son como debieran. Al trabajar por otros necesitamos cada gramo de energía para ayudarles y la falta de perdón no nos permite avanzar más allá de nuestros sentimientos heridos. Sin embargo el evangelio que predicamos tiene liberación para todos y "la sangre de Jesucristo nos limpia" no solo de nuestros pecados, sino también de los malos sentimientos que pudiéramos albergar ante el proceder de los demás.

Continuando con nuestra vivencia, en ese tiempo quedé embarazada, y con los síntomas propios de ese estado, tuve que guardar reposo. La situación se agravó cuando comencé a presentar hipertensión arterial, que trae serios riesgos para el bebé. Comenzaron los ingresos hospitalarios que se extendieron hasta el parto. Debido a ello, el rol de mi esposo se amplió, pues incluyó, aparte del trabajo de la iglesia, las tareas domésticas y de acompañante en el hospital. Todo esto ponía a prueba nuestra capacidad de esperar.

Del lugar donde vivíamos a donde trabajábamos eran cerca de 8 km. Esto constituía un problema, que unido a la frecuencia de los viajes que podían ser de dos a tres diarios, lo solitario del paraje, el transporte que utilizaba (su bicicleta) y las altas horas de la noche en que regresaba mi esposo por las interminables juntas y diálogos con los líderes de diversas opiniones sobre cómo hacer el trabajo de la iglesia, hacían el trabajo agotador y hasta peligroso.

Debíamos hacer algo, pero ignorábamos que podría ser. Meditando en el asunto, el Señor nos dijo: "Estad quietos y conoced que yo soy Dios". Y decidimos esperar en Él. Otro pensamiento que nos inspiró en esos momentos difíciles fue: "Cualesquiera que sean tus angustias y pruebas, exponlas al Señor. Tu espíritu encontrará sostén para sufrirlo todo. Se te despejará el camino para que puedas librarte de todo enredo y aprieto. Cuanto más débil y desamparado te sientas, más fuerte serás con su ayuda" • (MC. pág.48).

Finalmente aquel problema fue resuelto. La mano de Dios siempre nos sostuvo y al mirar hoy hacia el pasado, le agradecemos por su conducción. Ha pasado ya algún tiempo de esto, y la situación nos ayudó a crecer, nos preparó para lo que Dios planeaba para nuestro ministerio. Si nos animamos a contarlo es porque confiamos que pueda ayudar a otras familias involucradas en situaciones similares.

Te regalo algunas lecciones aprendidas:

• Es necesario ir al lugar donde se nos ha asignado para trabajar, aun cuando consideremos que no reúne las condiciones necesarias. Debemos servir donde Dios quiere que estemos.

• Hemos de evitar emitir opiniones o juicios sobre la familia pastoral entrante o saliente a la hermandad, pues esto crea prejuicios y roces ministeriales.

• Eres hija de Dios, alguien especial llamada para una obra especial. No permitas que los malos recuerdos te roben el gozo del servicio y del trabajo por otros.

• Si elevas tu espíritu más allá de lo que humanamente sientes ante los desafíos ministeriales, experimentarás el gozo del perdón, crecerás, y tu espíritu será libre en Jesucristo.

¡NO ME QUIERO MUDAR!

María Elena Pérez, Asociación Olmeca, Unión Interoceánica México.

- "Ya hubo cambios y nos vamos a Tuxpan" -fueron las palabras de mi esposo cuando regresó de la junta de pastores. Nos sentíamos contentos al aceptar el nuevo desafío, seguros de que, como en otras ocasiones, a donde Dios nos enviara sería el mejor sitio.

Jonathan, mi hijo menor de nueve años, lo tomó como algo que debía hacerse y no vio mayor problema. En cambio Oziel, mi hijo mayor, nos dijo con mucha convicción: -"Yo no me quiero mudar". Sus palabras me causaron un fuerte impacto pues mostraba una actitud decidida. Naturalmente no podía decirle "entonces te quedas" ni "aunque no quieras te vas con nosotros". Era un adolescente de 13 años que durante los últimos cinco había formado sólidos lazos de amistad con sus compañeros de clase y los chicos de la iglesia. Consciente de eso y con cierta preocupación, le hablé de las formas en que Dios siempre guía nuestra vida, pero al ver que insistía en su posición, le pregunté por qué no quería irse.

- "Porque allá la secundaria es en la tarde y a mí me gusta en la mañana. Porque no conozco a nadie y allá no tengo amigos", me dijo con seriedad. Le propuse que oráramos para que Dios hiciera los cambios necesarios que le permitirían ser feliz en el nuevo lugar. Yo sabía que por más que lo quisiera, no podía prometer soluciones para cada una de sus objeciones, sin embargo sí podía pedirle a Dios que le diera un espíritu de contentamiento ante la situación para que, al igual que nosotros, pudiera disfrutar al cumplir la voluntad de Dios.

Al día siguiente recibí la llamada de una amiga que vivía en Tuxpan. Después de saludarnos me dijo:- "Sabes, María Elena, en el nuevo curso escolar acá en Tuxpan las clases serán por la mañana". "¿Cómo?", me pregunté, "¿tan pronto?". En cuanto terminamos de hablar corrí al cuarto de mi hijo y le dije: -"De verdad que Dios te ama y te consiente: las clases en la escuela de Tuxpan serán por la mañana, así que anímate". Él me miró y con la misma seriedad del día anterior me dijo: -"Sí, pero allá no conozco a nadie y no tengo amigos". Con pesar me di cuenta de que su corazón continuaba resistiéndose a aceptar la voluntad de Dios.

Un día más tarde, mientras lo esperaba en la entrada de la escuela para llevarlo a casa, su maestra de Matemáticas, quien lo apreciaba mucho, se acercó a mí. –¿Qué cree, hermana? –me dijo con una sonrisa en el rostro. –También nos cambiaron a Tuxpan. Me voy de directora y mi esposo de maestro. ¡Apenas podía creerlo! Una vez más el Señor se estaba manifestando. ¡Y en tan poco tiempo! Con cierta emoción durante el camino a casa le comenté a mi hijo: -"De verdad que el Señor te consiente, ya conoces a la que será la nueva directora y al maestro de biología y educación física". Sin embargo, su actitud apenas cambió. -"Pero... ¿y mis amigos qué? "- me contestó.

Era un hecho que él se iría con nosotros, sin embargo lo que más deseaba era verlo feliz cumpliendo la voluntad de Dios. Solo me quedaba poner el asunto en manos de Dios y eso hice. "Que mi hijo sea feliz", pedía cada día en mis oraciones. Llegó el momento de la mudanza. Todo fue algarabía, montones de cajas y emoción por conocer la nueva casa. Mi hijo, que no había vuelto a hacer comentario alguno sobre su inconformidad, se sintió a gusto con su nuevo cuarto y se instaló en él en cuanto llegamos. Parecía que solo era cuestión de tiempo para que aceptara la situación; no había otra opción. Pero Dios tenía más respuestas y planes de los que yo podía imaginar en ese momento.

El primer día de clases acompañé a mis hijos a la escuela. Era un edificio de dos pisos con una cancha de concreto al frente. Mientras conversaba con uno de los maestros, vi pasar a un chico. Moreno, alto y de cabello lacio, se parecía a Jorge, miembro del distrito anterior, amigo y compañero de salón de mi hijo mayor. Con una mezcla de incredulidad y emoción salí al pasillo para aclarar mis dudas. Me costaba creerlo pero sí, se trataba de él. Y mi sorpresa fue aún mayor cuando me explicó qué hacía ahí. "Nos mudamos para acá por el trabajo de mi mamá". "¿Cómo?", volví a pensar. Me sentía sorprendida al constatar de qué formas el Señor había provisto las soluciones adecuadas para cada una de las objeciones de mi hijo. Aquel día le comenté a mi hijo: "De verdad que Dios te consiente: hasta te trajo a un amigo de Veracruz".

No hay duda: el Señor no solo llama al pastor, sino a toda la familia. Y aún mejor, a Él le interesa que todos sean felices en el ministerio y provee de recursos para que los que están sufriendo por el cambio, puedan ver las bendiciones que Dios tiene para ellos al servir en un nuevo lugar.

Estimada hermana, en muchas ocasiones las mudanzas afectan a nuestros hijos de diferentes maneras y el impacto no siempre es positivo. Sin embargo, cuéntale al Señor tu inquietud, lo que esté sucediendo en el corazón de tu hijo por muy difícil o imposible de solucionar que parezca. Siempre recuerda: "Echa toda ansiedad (incluso si te parece insignificante) sobre Él porque Él cuida de vosotros" (1 Pedro 5:7). Dios tendrá una solución para cada tristeza que agobie tu ser, así como lo ha prometido en Isaías 54:13: "El Señor multiplicará la paz de tus hijos".

UNA INVITACIÓN *Especial*

Miriam Medrano de Fabián

Una compañera de ministerio y su esposo eran vecinos nuestros mientras estudiábamos la maestría. Ambas parejas teníamos poco tiempo en la obra y nuestros recursos eran escasos. Una tarde, mi compañera se asomó por la ventana y gritó: "¡Amiga!, ¡los invitamos para que vengan a cenar!" Me emocioné por lograr "cortar una flor de su jardín"*. Sin embargo, segundos después escuché que agregaba: "Pero, ¿te puedes traer la leche y el pan?"

***Lograr un favor o dádiva poco frecuente.**

ACTIVIDADES DEL TERRITORIO

Unión Mexicana del Sureste

Nuestra querida hermana, la psicóloga Edith de Espinoza, directora de SIEMA de esta Unión, realizó con sus colaboradores la certificación del Módulo 3 en la ciudad de Villahermosa, Tabasco, evento donde las esposas de pastores participaron activamente. Otras importantes certificaciones de varios Módulos tuvieron lugar en la ciudad de Cancún y en Campeche, con la colaboración de las directoras de cada campo. De esta manera los 7 capítulos de SIEMA de esta Unión cerraron las actividades del año con sus esperadas certificaciones, aparte de realizar las demás actividades requeridas con las esposas de los pastores. ¡A Dios sea la gloria!

Unión Colombiana del Sur

En Cartagena, Colombia, en el mes de septiembre, tuvimos la reunión ministerial con las familias pastorales de toda la Unión Colombiana del Sur, en la que además realizamos la graduación de los módulos II y III de SIEMA. Cada capítulo presentó el informe de su gestión de manera dinámica. Así compartimos y pasamos momentos felices que quedarán en nuestro corazón para siempre.